



# REVISTA PRISMA SOCIAL N° 21

## ENVEJECIMIENTO Y GÉNERO: INVESTIGACIÓN Y EVALUACIÓN DE PROGRAMAS

2º TRIMESTRE, JUNIO 2018 | SECCIÓN TEMÁTICA | PP. 75-107

RECIBIDO: 31/3/2018 – ACEPTADO: 18/5/2018

### ESTUDIO ETNOGRÁFICO SOBRE EL ENVEJECER DE LAS MUJERES MAYORES DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO Y DE CURSO VITAL

ETHNOGRAPHIC STUDY ON OLDER  
WOMEN'S AGEING FROM A GENDER AND  
LIFE COURSE PERSPECTIVE

---

MÓNICA RAMOS TORO / [MONICA.RAMOS@INGESS.COM](mailto:MONICA.RAMOS@INGESS.COM)

SOCIA-DIRECTORA DEL INSTITUTO DE FORMACIÓN EN GERONTOLOGÍA Y SERVICIOS SOCIALES -  
INGESS, MADRID, ESPAÑA



prisma  
social  
revista  
de ciencias  
sociales

## RESUMEN

Todavía hoy existe escasa bibliografía que estudie el envejecimiento y la vejez desde una perspectiva de género. Y muchos de los estudios que sí la han aplicado, resaltan las vulnerabilidades de las mujeres mayores, invisibilizando sus potencialidades y su diversidad. Este trabajo trata de superar esta carencia. El objeto de esta investigación es el envejecer de las mujeres mayores, a través de un estudio etnográfico en las disciplinas de la geroantropología<sup>1</sup> y la gerontología feminista mediante: grupos de discusión con mujeres, observación participante en diversos contextos, así como entrevistas a personas expertas y presidentas de asociaciones de mujeres. Este trabajo evidencia cómo los roles de género desempeñados por las participantes en sus cursos vitales han condicionado de manera negativa su situación en la vejez (análisis macro). Al mismo tiempo, se destaca la diversidad que existe entre ellas al analizar sus diferentes trayectorias y experiencias personales (análisis micro). Tres cuestiones son destacables: las desventajas estructurales que las mujeres mayores experimentan frente a los hombres en la vejez, su contribución al desarrollo socioeconómico mediante la provisión de cuidados que prestan en sus familias, y cómo redefinen su proyecto personal a través de la participación social y el ejercicio de una ciudadanía activa.

<sup>1</sup> Abreviatura de la unión de gerontología y antropología o de gerontología antropológica.

## PALABRAS CLAVE

Envejecer; perspectiva de género; edadismo<sup>3</sup>; mujeres mayores; curso vital; geroantropología y gerontología feminista.

<sup>3</sup> Discriminación y estigmatización de las personas a medida que envejecen

## ABSTRACT

Nowadays, bibliography on ageing and old age from a gender perspective is still scarce. Moreover, many of the available studies carried out from that perspective highlight older women's vulnerabilities, to the detriment of their strengths and diversity. This paper attempts to confront such a scarcity. The issue of this research is older women's ageing. It has been approached through an ethnographic study framed within the disciplines of gero-anthropology<sup>2</sup> and feminist gerontology, and using focus groups with women, participant observation in diverse contexts, as well as interviews to both specialists and chairs of women's associations. Our study renders evident that gender roles played by participants throughout their life courses have had a negative impact on their situation in old age (macro analysis). Likewise, through an analysis of their different trajectories and personal experiences (micro analysis) diversity among these women is stressed. Three main dimensions stand out in the study: structural disadvantages experimented by older women compared with older men; older women's contribution to socioeconomic development through family caregiving; finally, how older women reconfigure their personal project through social participation and the practice of active citizenship.

<sup>2</sup> This term represents the combination of Gerontology and Anthropology, 'Anthropologic Gerontology' otherwise said.

## KEYWORDS

Ageing; gender perspective; ageism<sup>4</sup>; older women; life course; gero-anthropology and feminist gerontology.

<sup>4</sup> Discrimination against and stigmatization of individuals as they grow older

## 1. INTRODUCCIÓN

La idea central en la que se apoya este estudio son las diferencias que los sistemas de género convierten en desigualdades (Del Valle, 2013, p.207), y cómo dichas desigualdades afectan más a las mujeres que a los hombres a lo largo de sus cursos vitales. Los patrones de género y los roles que han desempeñado las mujeres a lo largo de sus vidas, en sistemas patriarcales como el nuestro, condicionan la situación en la que se encuentran en la vejez, ya que los mandatos de género significan un duro impuesto en la vida de las mujeres mayores de hoy (Freixas, 2013, p.194), y ponen de relieve, todavía en la actualidad, lo que planteó en 1978 Susan Sontag, que «no es lo mismo ser mujer mayor que hombre mayor». Este diferente envejecer para hombres y mujeres se observa en cómo «las identidades de género, edificadas en edades más tempranas de la vida, no se alteran de manera notable en la vejez y porque esas identidades reciben el refuerzo de normas sociales que establecen expectativas de comportamiento diferentes para unas y otros en esta etapa postrera de la vida» (Pérez Ortiz, 2006, p.91). Además, también se aborda la edad como un concepto construido socioculturalmente distinguiendo cuatro dimensiones diferenciadas, aunque relacionadas entre sí: la cronológica, la fisiológica, la social y la psicológica, y cómo están profundamente determinadas por el género que establece un doble rasero para hombres y mujeres.

Sin embargo, reconocer que ciertas condiciones negativas afectan por género a las mujeres a lo largo de sus vidas, no debe ocultar al mismo tiempo, la diversidad que existe entre las propias mujeres mayores. En esta investigación se muestran, por un lado, las carencias compartidas por las mujeres mayores como resultado de la construcción de su identidad de género, y por otro lado, su heterogeneidad como resultado de la diversidad de sus trayectorias personales. Esta heterogeneidad se observa fundamentalmente a través de variables como el estado civil, la clase social y especialmente el nivel de instrucción alcanzado en su juventud, aspectos todos ellos claves que marcan diferencias biográficas importantes a lo largo del curso vital de estas mujeres y por tanto en su vejez. Ambas realidades, lejos de ser contradictorias, son el resultado de una determinada manera de abordar el objeto de estudio, buscando coincidencias y diferencias, lo compartido y lo único, lo cuantitativo y lo cualitativo. Así, al analizar los sistemas de género desde una perspectiva feminista, estos emergen como estructuras de opresión sobre las mujeres, pero al mismo tiempo, como medios que generan estrategias de empoderamiento y de ciudadanía activa, especialmente en la vejez. Y al ampliar este análisis con un enfoque de curso vital, el envejecer de las mujeres se muestra de manera compleja a través de identidades construidas generacionalmente y de diversidades biográficas. En definitiva, en este estudio se reflexiona sobre el envejecer y la vejez de las mujeres tanto desde un contexto socio-estructural como a través de los cursos y trayectorias vitales de las propias mujeres mayores.

Si nos centramos, en primer lugar, en las carencias compartidas por las mujeres mayores de hoy en este estudio se aborda algunas de las más destacadas. Así, se pone de relieve cómo a pesar de que las mujeres disfrutan de una esperanza de vida elevada, lo que implica una clara ventaja frente a los varones que fallecen a edades más tempranas, también lleva aparejadas situaciones de vulnerabilidad (Freixas, Luque y Reina, 2009, p.60), ya que las mujeres tienen que afrontar al envejecer situaciones más complejas que los hombres (Barrantes, 2006, p.193; Salgado-de Snyder y Wong, 2007, p.516; Ramos, 2010, p.203-204; Ramos, 2012, p.45),



lo que implica unas carencias o dificultades entre las que se encuentran: sus escasos recursos económicos y formativos, su compleja trayectoria laboral, su mayor nivel de morbilidad y de discapacidad, o su invisibilidad ante las políticas y administraciones –dada la escasa aplicación de una perspectiva de género en las mismas–.

El origen de estas carencias específicas de las mujeres mayores se encuentra en la estructura de los sistemas sociales patriarcales. El patriarcado emerge como el sistema en el que se construyen las identidades de género, lo que permite observar otro fenómeno muy importante: la provisión de cuidados en la familia y su asignación por género a las mujeres como parte de la construcción de su identidad femenina. Está tan esencializada esta función, que incluso el diseño de las políticas sociales de provisión de cuidados ha cuestionado escasamente la posición de la mujer como agente principal de los mismos (Comas, 2014). Sin embargo, desde la década de los años 90 del siglo XX asistimos a una «crisis de los cuidados» debido a la masiva incorporación de la mujer al mercado laboral. Lo que ha desembocado en que en gran medida las mujeres mayores asumen el apoyo y la provisión de cuidados dentro de la familia extensa. Para ellas es una capacidad socializada a lo largo de sus vidas, ya que muchas han cuidado a sus hijos/as, a sus parejas, y ahora cuidan a sus nietos/as y, en muchas ocasiones, al resto de personas dependientes de la familia: madres-padres, suegros-suegras, hermanos-hermanas, etc. Esta capacidad de las mujeres mayores de estar disponibles para los demás contribuye muy activamente al bienestar de sus familias y al desarrollo socioeconómico de la sociedad en su conjunto. Todavía hoy la tarea y la responsabilidad de los cuidados siguen estando en el centro del análisis del feminismo sobre la construcción de las identidades de género y el diseño de las políticas sociales en los Estados de Bienestar. En este estudio, además, se pone de relieve la posición de las mujeres mayores en la prestación de cuidados dentro de la familia para visibilizar su dimensión social y su contribución a la conciliación de la vida laboral y familiar de las personas adultas de las familias, no solo de las mujeres, sino también de los hombres.

Es evidente que para las mujeres mayores esta prestación de cuidados tiene sus costes en la vivencia satisfactoria de su propio envejecimiento, especialmente en la reducción de su tiempo de ocio y en la dificultad de anteponer sus deseos a las necesidades de cuidado que demanda el entorno familiar. Por ello, las que no tienen la responsabilidad de cuidar de manera intensiva consiguen hacer frente a sus carencias y vulnerabilidades como mujeres mayores de manera más eficaz, sobre todo a través del diseño de un proyecto de vida participativo en la vida comunitaria y en el que el asociacionismo resulta uno de los mecanismos más potentes de participación. En ese proyecto de vida, la familia sigue siendo lo más importante, pero disponen, además, de un tiempo y espacio propios en los que desarrollan sus aficiones en el hogar y también les permiten *ocupar* los lugares públicos de ocio y participación, confiriéndoles una visibilidad ante la propia sociedad y las administraciones públicas. Han sabido darle la vuelta a los roles de género y sacar lo positivo que esos rígidos patrones les han impuesto. Los roles les han conferido vulnerabilidad, pero también al mismo tiempo, inclusión social. Su destreza a la hora de mantener y establecer amistades y relaciones familiares o vecinales para la comunicación y creación de vínculos son un resorte ante la adversidad y ofrecen oportunidades más amplias a su proyecto de vida (Sánchez Salgado, 2003). Son una vía para afirmar un sentido de identidad positivo y para desarrollar nuevos roles que trascienden la cotidianidad de la familia y se amplían al ámbito comunitario. Las redes y amistades ayudan a vivir mejor porque el apoyo y la

interrelación aportan satisfacción en la vida, empoderamiento y mejoran la autoestima. Incluso sirven como salvavidas para superar los acontecimientos difíciles a los que nos enfrenta la vida a medida que envejecemos (Freixas, Ibíd.2013, p.235). Muchas mujeres mayores han hecho inventario de sus vidas y deciden utilizar su tiempo en el desarrollo de nuevas habilidades, aficiones, relaciones y protagonismos sociales en espacios públicos y comunitarios. Supone una nueva realidad en la que reclaman ser beneficiarias de los mismos derechos de los que disfruta el resto de la sociedad: educación, ocio, participación, empleo, etc.

Los tres ejes transversales descritos –las vulnerabilidades o carencias de las mujeres mayores, su contribución al desarrollo familiar y socioeconómico a través de la provisión de cuidados y apoyo, y su empoderamiento a través de la participación y el asociacionismo– componen la estructura fundamental de este estudio etnográfico. En definitiva, a través de este abordaje y de la narración de las mujeres mayores participantes en el estudio se muestran, por un lado, sus carencias compartidas como resultado del desempeño de roles generizados a lo largo de sus vidas en sociedades patriarcales como la española, y por otro lado, se evidencia la diversidad de sus trayectorias personales y experiencias vitales individuales lo que pone de relieve su heterogeneidad y pluralidad. Así, se ofrece una mirada más amplia sobre el envejecer de las mujeres mayores que permite superar el sesgo que las ha homogeneizado como seres extremadamente vulnerables.

## 2. OBJETIVOS

El objeto de estudio de esta investigación es el envejecer de las mujeres mayores, más concretamente, indagar desde una perspectiva de género y de curso vital, sobre sus desventajas y dificultades, sus aportaciones y potencialidades, y cómo redefinen sus proyectos vitales en la vejez (Ramos, 2017). Con esta finalidad se han propuesto 5 objetivos:

1. Analizar las representaciones sociales que se han generado en nuestra sociedad sobre las personas mayores, el envejecimiento y la vejez.
2. Analizar la construcción sociocultural y política de la edad, especialmente en la etapa de la vejez, a través de diferentes dimensiones (cronológica, fisiológica, social y psicológica).
3. Desvelar las desventajas estructurales, necesidades y problemas que como mujeres mayores experimentan en sus vidas.
4. Visibilizar su contribución al desarrollo socioeconómico a través de la provisión de cuidados y apoyos que prestan en sus familias extensas.
5. Analizar la redefinición de su proyecto personal a través de la participación social, el asociacionismo y el ejercicio de una ciudadanía activa.

Estos objetivos se abordan a través de la narrativa biográfica que aportan sobre estas cuestiones las mujeres participantes en esta investigación.

### 3. METODOLOGÍA

Descrito el objeto de estudio y los objetivos de esta investigación, parece necesario especificar: a qué se hace referencia cuando se habla de mujeres mayores, en qué contexto sociocultural se analiza su envejecer, y qué posición investigadora se adopta para abordar el análisis.

La edad cronológica de entrada en el colectivo definido sociológicamente como personas mayores en las sociedades más desarrolladas, como es el caso de España, son los 65 años, aunque en el ámbito internacional suele tomarse como referencia la edad de 60 años. Sin embargo, dado que en esta investigación se pretendía abarcar el envejecer como proceso (Bateson, 2013) y no solo la vejez como etapa, se incluyeron mujeres que todavía no hubieran cumplido los 60 años, hasta mujeres que superasen los 85 años.

El contexto sociocultural en el que se sitúa esta investigación define y carga de significados el envejecer de las mujeres, ya que muchos de los aspectos más relevantes en los que se asienta implican discriminación de género y edad, como por ejemplo: sistema de género patriarcal, sociedad envejecida demográficamente como carga social, globalización económica neoliberal y recortes del Estado de Bienestar, políticas sociales edadistas y androcéntricas, representaciones sociales negativas sobre el envejecimiento, o imagen social de la vejez femenina como sinónimo de carencia y necesidad. Un contexto sociocultural en el que al mismo tiempo también emergen tendencias de cambio social que generan modificaciones en los patrones de género, promueven una concepción más positiva y heterogénea de las vejeces, flexibilizan los cursos vitales (Danelly and Caitrin, 2013; Guillemard, 2009), e impulsan el ejercicio de una ciudadanía participativa, tanto de las personas mayores en general como de las mujeres mayores de manera relevante.

La posición investigadora que se adopta para abordar el objeto de estudio es una posición feminista con la que se cuestiona, desde un enfoque de género, el sesgo androcéntrico que ha caracterizado a la gerontología y a la antropología para mostrar la influencia que tiene el sistema patriarcal en el envejecer de las mujeres y cómo las desigualdades que establecen los patrones de género recorren todo su curso vital y condicionan su vejez. En realidad habría que matizar que no solo la antropología y la gerontología, sino «(...) todo campo de conocimiento ha sido o es androcéntrico hasta que no es redefinido y avalado por investigaciones que surgen de nuevas preguntas y modos de pensamiento surgidos desde el feminismo» (Maquieira, 2013, p.197). En definitiva, esta investigación se enmarca específicamente en el enfoque de la gerontología crítica feminista y dentro de la antropología en la subdisciplina de la geroantropología. Al mismo tiempo, se lleva a cabo un abordaje de curso vital, lo que supera la limitación de tomar en cuenta la edad cronológica como variable explicativa del envejecimiento, ya que posibilita el encuadre constante dentro de un contexto social y la interrelación que se da entre las vidas y las estructuras sociales. Por este motivo, aunque la adopción de un enfoque de curso vital es habitual en estudios longitudinales, también es posible metodológicamente realizar solo una recogida de datos en un momento concreto de la vida de las personas participantes en un estudio, como es el caso de esta investigación, pero hacerlo solicitando la referencia constante a sus trayectorias vitales, para poder interrelacionar a posteriori en el análisis, dichas trayecto-



rias personales, con sus cohortes generacionales y con las estructuras sociales (D'Épinay, Bickel, Cavalli et Spini, 2005).

### 3.1. LAS TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN UTILIZADAS

Esta investigación se realizó entre 2004 y 2014 como trabajo de tesis doctoral con el título «Mujeres mayores: estudio sobre sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social», defendida en el Departamento de Antropología Social de la Universidad Autónoma de Madrid en 2015. Premiada en 2016 con el I Premio de Investigación en Estudios de Género del Grupo 9 de Universidades (G9) en la categoría de mejor tesis doctoral. Y publicada en 2017 por Edicions Bellaterra bajo el título *Envejecer siendo mujer. Dificultades, oportunidades y retos*.

En esta investigación se combina el análisis de fuentes secundarias con la etnografía como la metodología más apropiada para dar voz a las mujeres mayores y revelar sus cursos vitales como trayectorias individuales situadas, es decir, construidas en entramados más amplios en los que los mandatos de género y edad son factores claves en la elaboración de su identidad y en el desempeño de sus roles, pero también, en sus expectativas de empoderamiento y de cambio. En este sentido, el método etnográfico posibilita analizar las narrativas de las participantes «como conducta discursiva, y no tanto como 'información'» (Jociles, 1999, p.2), como relato de su acción social. Las técnicas de investigación utilizadas han sido varias:

- Como técnica principal se han realizado once grupos de discusión, dado el amplio número de variables que se querían abordar, y participaron un total de 115 mujeres. Las variables que se tuvieron en cuenta para la formación de los grupos fueron: el hábitat, la edad, el estado civil, la clase social y si formaban parte o no de una Asociación. La composición y características de los mismos se muestra en el anexo de este artículo.
- Los grupos se han complementado con la realización de observación participante, concretamente en tres ejes de observación: 1) en grupos y colectivos de mujeres mayores; 2) en espacios en los que se encuentran personas mayores, sobre todo mujeres o desarrollan su labor profesional que tienen experiencia con mayores y con mujeres; y 3) en entornos de la vida cotidiana.
- Además, cada participante en los grupos de discusión respondió un cuestionario auto-administrado con preguntas básicas sobre datos personales para su posterior análisis.
- Y, por último, también se realizaron cinco entrevistas en profundidad. Dos entrevistas a presidentas de asociaciones de mujeres de ámbito nacional: Dolores San Antonio presidenta de la CONFAV, Confederación Nacional de Federaciones y Asociaciones de Viudas (Entrevista 1), y Carmen Quintanilla presidenta nacional de AFAMMER, Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural (Entrevista 2). Una entrevista a un experto de reconocido prestigio en el ámbito de la geriatría y la gerontología: Isidoro Ruipérez, Jefe del Servicio de Geriatría del Hospital Cruz Roja de Madrid y, en esa fecha además, presidente de la SEGG Sociedad Española de Geriatría y Gerontología (Entrevista 3). Y dos entrevistas a dos expertas de reconocido prestigio en el ámbito de la gerontología y los estudios de género: Pilar Rodríguez Jefa de Estudios del IMSERSO cargo que ocupaba en la fecha en la

que se realizó la entrevista (Entrevista 4) y Ramona Rubio Catedrática de Psicogerontología de la Universidad de Granada (Entrevista 5).

Los contenidos narrativos se han analizado desde dos enfoques complementarios: el de género y el de curso vital. En el primero, se atiende de manera relevante a la normatividad que el género impone estructuralmente a cada historia personal, y que refuerza la imagen de sistema que supera las individualidades. En el segundo, se consideran los mandatos de la edad, que igualmente impone el contexto cultural, y las etapas comunes que las participantes reconocen en su trayectoria de vida. En el desarrollo de los grupos, la narración de sus historias personales permitió reconocer convergencias en las trayectorias individuales, y relacionarlas con el contexto sociocultural de una época compartida en términos generacionales. De esta manera, se pone de relieve en los relatos de las mujeres, tanto los aspectos normativos de la socialización y del curso vital, como sus propias trayectorias individuales.

En cuanto a la estrategia de análisis llevada a cabo, los textos resultantes de las transcripciones de los grupos de discusión, de las entrevistas en profundidad y de los informes de la observación participante recogidos en diarios de campo, se codificaron para obtener una información sistematizada que se pudiera contrastar con las fuentes secundarias y las reflexiones teóricas entorno al objeto de estudio, y se pudiera complementar con los datos aportados en los cuestionarios cumplimentados por las participantes en los grupos de discusión. A partir de esta sistematización se han identificado las siguientes unidades de análisis: –androcentrismo y edadismo, –género y edad como construcciones sociales, –representaciones sociales de la vejez, el envejecimiento y las personas mayores, –envejecimiento como proceso, –sistema de género, perspectiva de género y edad, –feminización de la vejez, –perspectiva de género y políticas públicas, –paradigma del envejecimiento activo, y –situación de las mujeres mayores: salud, formación, recursos económicos, trayectoria laboral, provisión de cuidados; participación, empoderamiento.

Para terminar, es importante destacar que la revisión de las fuentes documentales, la realización de los grupos de discusión, la observación participante, y las entrevistas en profundidad realizadas en este estudio etnográfico, ofrecen una *triangulación* que ha servido para controlar la veracidad de la información recopilada a través de estos diferentes métodos y la congruencia del marco teórico (Jociles, Ibíd.1999, p.12; Hammersley y Atkinson, 1994, p.216). Y, asimismo, dicha triangulación se ha puesto de manifiesto al poder comparar el análisis del discurso de los grupos de discusión o las entrevistas en profundidad que ofrecen la oportunidad de acceder «al ámbito de «lo que se dice» o de «lo que se dice que se hace» (Jociles, Ibíd.1999, p.19). Mientras que la observación participante «da pie para explorar las complejas relaciones que se establecen entre «lo que se dice», «lo que se dice que se hace» y «lo que en realidad se hace», permitiendo observar los ambientes naturales donde acaecen los comportamientos, sin quebrantar tampoco su propia estructura» (Ibíd.).

## 4. CONTENIDO

En esta investigación se analizan las representaciones sociales que se han generado en nuestra sociedad sobre las personas mayores, el envejecimiento y la vejez. Para comenzar este abor-



daje se muestra cómo el estudio del envejecimiento y la vejez se han situado históricamente en el ámbito de la medicina y la salud, campos en los que abundan más investigaciones sobre estas cuestiones, lo que ha tenido a su vez dos consecuencias: por un lado, ha repercutido en la escasez de investigaciones centradas en el estudio del envejecimiento y la vejez tanto en las ciencias sociales en general, como en particular en la antropología, y por otro lado, ha ocasionado que la propia disciplina de la gerontología, desde sus orígenes, aunque también en la actualidad, haya acusado una visión fuertemente medicalizada y reduccionista. El dominio de la investigación médica sobre envejecimiento se apoya en las representaciones sociales que lo asocian con deterioro y enfermedad, que lleva a considerarlo como un proceso individual de naturaleza esencialmente biológica. Además, pone de relieve el reduccionismo biologicista desde el que se analiza la vejez casi de manera exclusiva a través de la dimensión de la edad cronológica. Así, la persona queda reducida al cuerpo que envejece, su imagen física parece explicar su totalidad como persona, lo que revela también la homogeneidad que esconde esta interpretación reduccionista.

Esta construcción social de la vejez genera además una representación edadista —a más edad más déficit— cargada de estereotipos negativos hacia las personas mayores. Una construcción social que se articula conjuntamente con un discurso biológico sobre las edades, según el cual cumplir años acaba por entenderse como sinónimo de patología, y tiene como consecuencia última la estigmatización y marginación de las personas mayores. Sin embargo, reconocer que cumplir años es un hecho universal y, por ello, susceptible de jugar un papel a la hora de entender las acciones y órdenes sociales, no debería suponer una utilización limitante de la edad. En la actualidad, los amplios intereses, capacidades y recursos de muchas personas mayores ofrecen una nueva visión liberadora que obliga a repensar la vejez no como un tiempo de desconexión, sino como una etapa más del continuo de la vida, sujeta, como las restantes, a variabilidad.

Para superar esta visión limitadora, en esta investigación se abordan análisis gerontológicos y geroantropológicos que suponen un cambio de mirada, sobre todo los que adoptan un enfoque de curso vital y los que se apoyan en el paradigma del envejecimiento activo, que analizan el envejecimiento como un fenómeno multidimensional, como un proceso dinámico que se desarrolla a lo largo de la vida, y en el que se constata una variabilidad intra e interindividual. Bajo estos abordajes teóricos el eje del análisis del envejecimiento ya no es solo individual, sino además socio-histórico, puesto que dicho proceso depende tanto de variables individuales como de los contextos socioculturales, y de los momentos históricos en los que se envejece, es decir, lo individual y lo estructural se entrecruzan. Asimismo, en estos nuevos planteamientos envejecer implica diferenciarse, pero no se entiende la vejez como una etapa de carencia, sino de cambio, como sucede en cualquiera de las etapas vitales (Sandberg, 2013). Y se pone en valor la posibilidad de un envejecer armonioso entre cuerpo y mente, en el que se pretende superar la mirada exclusiva sobre el cuerpo físico que envejece (Liang and Baozhen, 2012).

#### **4.1. ANÁLISIS DEL ENVEJECER DESDE UN ENFOQUE DE GÉNERO Y DE CURSO VITAL**

Como ya se ha expuesto, en esta investigación se aborda el envejecer desde una perspectiva de género y de curso vital para poner el acento en la construcción social de la edad y del género como variables claves para comprender el envejecer de las mujeres mayores en general, y especialmente de las que han participado como informantes en este estudio etnográfico. A través de sus narraciones se puede observar cómo las desigualdades que establecen los sistemas de género (análisis macro-estructural) ponen de relieve que hacerse mayor no es lo mismo para hombres que para mujeres. En este análisis se van a mostrar las carencias compartidas por las mujeres mayores como resultado de la construcción de su identidad de género (—en cuanto a condiciones materiales, nivel de instrucción, estado de salud o trayectoria laboral—).

Al mismo tiempo, al adoptar un enfoque de curso vital, también se evidencia la heterogeneidad que existe entre las propias mujeres mayores que han participado en este estudio, debido a la diversidad de sus trayectorias personales (análisis micro). Esta heterogeneidad se muestra sobre todo a través de variables como el estado civil, la clase social y el nivel de instrucción, aspectos todos ellos cruciales que marcan diferencias biográficas importantes en las vidas de estas mujeres y, por tanto, en su vejez.

A partir del estudio de la edad como una construcción social, se ha ampliado el análisis de todos los componentes de la misma, así se distinguen cuatro dimensiones diferentes, pero interrelacionadas: la cronológica, la fisiológica, la social y la psicológica, todas ellas marcadas por el género, por lo que este abordaje es muy valioso para explicar de una forma más cualitativa cómo viven las mujeres mayores su proceso de envejecimiento y su vejez. Además, los valores y estereotipos sociales acerca de las personas mayores están en proceso de cambio y es necesario estudiar cómo afecta sobre todo a las mujeres mayores esta transformación social. Con ese objetivo se presentan los relatos de las informantes sobre las repercusiones de los patrones de género en sus cursos vitales y de manera destacada en la vejez, tomando como referencia las cuatro dimensiones de la edad mencionadas más arriba.

##### **4.1.1. Las dimensiones cronológica, fisiológica, social y psicológica de la edad, especialmente en la vejez**

La manera normativizada de referirse a la edad consiste en contar los años transcurridos desde el nacimiento. Pero, dado que el envejecimiento es un proceso multidimensional, la edad cronológica sirve, todo lo más, para marcar la edad objetiva. Por este motivo no podemos considerar al colectivo de personas mayores como homogéneo tan solo tomando en cuenta la edad cronológica, ya que es tan heterogéneo como cualquier otro grupo etáneo, e incluso más que el resto de grupos de edad. Al mismo tiempo, a medida que aumenta en las sociedades el número de personas mayores, se hace todavía más visible su diversidad y heterogeneidad (Regás, 2010). Empecemos pues por constatar que «la vejez y la edad son cosas diferentes» (Fuster y Sampetro, 2008, p.122).

Además, aunque la edad cronológica parece un dato objetivo, la sociedad ha impuesto un doble rasero para hombres y mujeres, ya que ellos pueden hacer gala de sus años, mientras que

las mujeres parecen abocadas a enmascararlos *–desde el punto de vista social yo pienso que la vejez del hombre está mejor considerada que la de la mujer (Grupo 5)–*. Aunque también es cierto que la visión negativa que impera sobre el hecho de envejecer *–(...) está afectando a todos, nadie quiere envejecer sea hombre o mujer (Entrevista 3)–*. Al entrelazar edad cronológica y género quedan definidas dos discriminaciones: la de ser mayor y la de ser mujer. En nuestra sociedad se transmite la idea de que es mejor ser joven que ser viejo, ser hombre que ser mujer, por lo que ser mujer y ser vieja está doblemente devaluado (Freixas, 2018). Así, a las pérdidas que el edadismo asocia al hecho de envejecer, el androcentrismo suma en el caso de las mujeres las que afectan a la propia identidad de la feminidad, asociada fundamentalmente a la juventud. A medida que las mujeres se hacen mayores observan lo efímero de su valor vinculado a un cuerpo que pierde estimación social al no cumplir con las prescripciones de la belleza impuestas por la sociedad al género femenino, como son la tersura de la piel o la ausencia de canas (Freixas, *Ibíd.*2013, p.56). El mensaje, por tanto, que se transmite a las mujeres mayores es que deben esforzarse en seguir pareciendo jóvenes. Aunque también se observa a menudo un dato curioso. A partir de cierta edad, alrededor de 80 años y más, las mujeres verbalizan de manera más natural su edad cronológica, lo que evidencia en parte la superación de los ideales generizados femeninos y la puesta en valor del éxito de la longevidad. En este sentido, se puede afirmar que a edades avanzadas se liberan de la carga del aparentar y disfrutan por fin de la posibilidad del ser. Sería de esperar que para próximas generaciones de mujeres la expresión de la edad en la vejez se adelante a edades más tempranas, y que el cuerpo femenino envejecido no suponga un lugar de negación, sino de afirmación y deseo personal (Rowntree, 2014).

Un segundo parámetro que pone de relieve el doble estándar del envejecimiento, es la diferente aceptación social de la sexualidad para hombres y para mujeres. *–Pues efectivamente, se considera que un hombre a los 60 años pues puede ser un conquistador, y, sin embargo, si la mujer de 60 años quiere ser una conquistadora se ríen de ella (Grupo 5)–*. En el caso de los hombres se les ofrece una gran permisividad para actuar como sujetos sexuales, en tanto que se estigmatiza a las mujeres que se atreven a mostrar sus necesidades y deseos sexuales. Este doble estándar se muestra especialmente cuando se acepta una relación sexual entre un hombre mayor y una mujer joven, incluso es erotizada en el imaginario patriarcal, mientras que en el caso contrario resulta ridícula y hasta patológica.

En cuanto a la dimensión fisiológica de la edad, expresada fundamentalmente a través del estado de salud, varía mucho en cada persona, ya que el envejecimiento es un proceso y depende de cómo haya sido todo nuestro curso de vida. En la actualidad se comienza a diferenciar una primera etapa de la vejez, caracterizada fundamentalmente por la autonomía personal y funcional, de la propiamente definida como ancianidad que puede llevar asociados en mayor medida problemas de salud. *–Yo pienso que una persona es mayor cuando se la ve mayor, cuando no se puede mover y no puede hacer cosas sin ayuda (Grupo 9)–*. Por tanto, es habitual entender que los cambios físicos y biológicos sirven como criterios para definir el envejecimiento.

La edad fisiológica también está afectada por los patrones de género. Las trayectorias vitales de hombres y mujeres establecen marcadas diferencias en su salud cuando llegan a la vejez, en gran parte reflejo de los roles de género que desempeñaron a lo largo de sus vidas (Salgado-de



Snyder y Wong, *Ibíd.*2007, p.517), de ahí la necesidad de adoptar un enfoque de curso vital con perspectiva de género para analizar el estado de salud de mujeres y hombres mayores. Si nos centramos en el caso de las mujeres, debido al rol reproductivo asignado por el sistema patriarcal, experimentan en su salud las consecuencias del desempeño de los múltiples roles que implica el ámbito doméstico, entre los que destaca el rol de cuidadora de la unidad familiar, pero sin olvidar que una elevada proporción también trabaja en el sistema formal, aunque eso sí, en un mercado más precarizado, con menos recursos económicos y menos posibilidades de promoción que los hombres, y que tienen que compaginar con su trabajo reproductivo lo que implica una doble o triple jornada laboral. El desempeño de estos múltiples papeles a lo largo de la vida influye en que muchas mujeres mayores de hoy presentan situaciones de vulnerabilidad en su proceso de envejecimiento y tienen tasas más elevadas de dependencia y de necesidad asistencial en las edades avanzadas.

Otra cuestión importante al analizar la relación entre la edad biológica y los patrones de género, es la esperanza de vida. Ya se ha comentado que a pesar de que las mujeres disfrutan de una vida más larga, también padecen más enfermedades crónicas y discapacidades que los hombres. En esta investigación se indagó sobre el estado de salud de las mujeres participantes en los once grupos de discusión, tanto las enfermedades reales y trastornos, como la valoración y percepción subjetiva de su salud. En cuanto a la salud objetiva, las dolencias o enfermedades padecidas son comunes a las presentadas en otros estudios, sobre todo mencionan dolores asociados a problemas osteoarticulares y osteoporosis, problemas cardiocirculatorios, hipertensión, colesterol, y, en menor medida, depresión y ansiedad que ellas denominan en muchas ocasiones como «nervios», «angustia» o «tristeza». En cuanto a la autopercepción del estado de salud, la mayoría considera que tiene un buen estado de salud, así lo expresa el 59,13%, mientras que una autopercepción negativa, que suma las opciones de salud regular y mala, lo contempla el 40,87%, de las cuales solo el 10,44% consideró la opción de mala. Estos datos ofrecen una imagen subjetiva más positiva del estado de salud que otros estudios, como la Encuesta Nacional de Salud, ya que esta investigación etnográfica abarca un abanico de edad más amplio desde los 55 hasta más de 85 lo que inclina la balanza hacia una mejor autopercepción del estado de salud. Aunque no deja de ser cierto al mismo tiempo que en la narración de las participantes aflora una percepción subjetiva más negativa que la expresada en el cuestionario auto-administrado. *–Pues estoy muy baja de todo, de moral, de dolores, de no tener fuerza ya para nada (Grupo 1)–.*

También se indagó en esta investigación sobre la salud mental de las mujeres mayores. Las observaciones muestran cómo la construcción de la identidad de género en nuestro sistema patriarcal genera malestares psicológicos y emocionales diferentes en hombres y en mujeres. En el caso de las mujeres, especialmente la construcción de su identidad femenina como «seres-para-los-otros», es la condición que más problemas psicológicos y emocionales ocasionan alcanzada la vejez. Porque anteponer a lo largo de sus vidas, las necesidades, deseos y proyectos de los demás frente a la postergación de sus necesidades, deseos y proyectos, implica llegada la vejez, la aparición de un sentimiento de vacío existencial difícil de gestionar. No en vano, un número elevado de las informantes de este estudio etnográfico reconocen haber tomado o estar tomando pastillas para dormir, algunas han recibido tratamientos farmacológicos para hacer frente a depresiones o estados de ansiedad, sobre todo prescritos por el/la médico/a de fami-

lia y, muy excepcionalmente, por especialistas en psicología o psiquiatría. Lo que muestra que los trastornos emocionales y psicológicos de las mujeres se suelen tratar como problemas de atención primaria que no necesitan una evaluación mayor ni un tratamiento específico. Este es un ejemplo más de la «naturalización» de los trastornos psicológicos que verbalizan las mujeres en la consulta médica, sobre todo las mujeres mayores, que no son deconstruidos y analizados en su contexto biográfico, familiar y social. Esta actitud de la atención médica se ve reforzada además por el comportamiento de las propias mujeres que «han interiorizado y responden a un estereotipo de fragilidad y vulnerabilidad. Edadismo y sexismo se conjugan de nuevo para trivializar y minusvalorar los asuntos que preocupan a las mujeres mayores» (Freixas, Ibíd.2013, p. 114).

La mayor esperanza de vida de las mujeres, junto con otra variable de corte social que establecía que la mujer debía ser más joven que el hombre con el que se casaba, ha ocasionado que las mujeres mayores en la actualidad tengan más probabilidad de quedarse viudas y vivir solas que los hombres. En este estudio etnográfico solo el 24,35% de las mujeres participantes en los grupos de discusión continuaba casada frente al 60,87% que estaba viuda. Lo que lleva aparejado que también viven solas. Hecho que no debe llevarnos a pensar que implica una situación problemática. Más bien todo lo contrario. En la vejez, las mujeres están más capacitadas para vivir solas que los hombres porque se manejan mejor en las tareas del hogar, mientras que los hombres necesitan de otras personas, es decir, mujeres, para tener cubiertas sus necesidades domésticas. *–Mira, yo ahora mismo lo veo por mi padre, tiene 83 años y está muy bien. Si es mi madre la que se queda viuda, mi mamá no nos necesita a nosotros, ¿me entiendes? Y sin embargo, él nos necesita para todo (Grupo 4)–*. Además, la mayoría informa que prefiere vivir en soledad antes que optar por otra forma de convivencia que perciben como pérdida de autonomía y libertad.

En cuanto a la dimensión social de la edad, hace referencia a las actitudes y conductas adecuadas a la edad cronológica, así como a los derechos y obligaciones asociados a cada edad. La sucesión lineal ordenada en etapas y ocupaciones previsibles que se estableció desde la sociedad industrial y a lo largo del siglo XX está cambiando. Así, en las sociedades actuales las etapas se descomponen en un curso de vida más flexible, de ahí que cada vez las personas cumplan menos a rajatabla lo que se espera de ellas de manera «natural» por su edad cronológica, lo que conduce a trayectorias biográficas más diversas dentro de las mismas edades.

Lo que sigue estando vigente es que socialmente existe una desigual valoración de cada etapa del curso vital. Todavía hoy se valora más positivamente la juventud y la adultez que la vejez. Por eso cuando se hace referencia a los cambios que se producen entre el nacimiento y la madurez se utiliza el término *desarrollo*, que posee connotaciones positivas, mientras que entre la madurez y la muerte se habla de *envejecimiento*. Todo ello fomenta una visión según la cual un proceso da lugar al crecimiento y el otro da lugar al *deterioro* (Freixas, 1993, p.17). Incluso en el imaginario social, los/as jóvenes representan por antonomasia el futuro, mientras que las personas mayores representan el pasado, el legado de una sociedad, la tradición y la historia, pero no representan el futuro de una sociedad, aunque les queden décadas por vivir.

Esta construcción social de la edad tiene una parte *atribuida*, lo que la sociedad define como mujer y como hombre mayor, y tiene una parte *sentida*, lo mayor que el sujeto se siente, es de-

cir, qué grado de acomodación hay entre lo que la sociedad define como mujer mayor y como hombre mayor y lo que cada una y cada uno siente personalmente al respecto de esa definición. Y parece que «pesa más sobre las mujeres que sobre los hombres la edad cronológica y la atribuida (socialmente)» (Del Valle, 2002, p.50). En los grupos de discusión de este estudio cuando se indagó sobre la edad a la que las participantes consideraban que una mujer se puede considerar mayor, mayoritariamente dijeron que depende más de cómo se siente y de la mentalidad que tiene esa mujer, que de la edad cronológica o la atribución social. *–Yo creo que no es cuestión de edad, hay mujeres que parecen mayores de lo que son, y otras que parecen más jóvenes de lo que son, pero no importa, lo importante es lo que lleves dentro (Grupo 2)–.*

Otro aspecto relevante del componente social de la edad es el relacionado con los papeles sociales que las personas representan a lo largo de la vida, y dado que son diferentes para hombres y mujeres, es interesante analizar cómo se relaciona la edad social con el género en el envejecimiento en algunos de los ámbitos más relevantes. Uno de ellos es la jubilación, quizás el aspecto más importante de la construcción social de la entrada en la vejez. Ahora es difícil justificar que jubilación y vejez van unidas. En décadas anteriores pocas personas y durante pocos años podían disfrutar de la jubilación. En cambio en la actualidad, las personas se siguen jubilando alrededor de los 65 años, pero disfrutaban de una esperanza de vida que supera los 80 años, por lo que es evidente que la jubilación ya no es sinónimo de vejez. Sin embargo, como todavía en nuestras sociedades avanzadas la productividad sigue siendo un valor fundamental, el mero hecho de dejar de estar en el sistema productivo del mercado implica que se considere mayor a la persona que se jubila. Fenómeno que implica que tanto las personas mayores como la vejez se identifiquen con una condición social como es la jubilación, y esta a su vez se asocie con la improductividad o inutilidad social. De esta manera se pone de relieve que la edad social poco tiene que ver con la edad cronológica de la persona, sino más bien con la representación y la asignación de papeles que cada sociedad establece en cada etapa normativizada de la vida. Y desde la lógica capitalista, las personas mayores son identificadas socialmente como personas no-productivas (Molinuevo y Biescas, 2002, p.407).

Desde una perspectiva de género, «el estudio científico de la jubilación ha ido indisolublemente ligado a la experiencia masculina por cuanto la incorporación plena de las mujeres al mercado laboral, solo se ha producido en las generaciones más recientes. De manera, que lo que sabemos de la jubilación y los modelos explicativos que se han construido no solo no incorporan la experiencia de los jubilados precoces, sino que además, han ignorado sistemáticamente a las mujeres» (Pérez Ortiz, *Ibíd.*2006, p. 90). La jubilación viene acompañada de una pérdida de prestigio social y supone un rito de transición y la separación de un rol social: el de persona productiva. Por ello, los hombres mayores suelen asumir peor que las mujeres el estatus de jubilados, estereotipado como improductivo. *–Los varones como su vida ha estado ligada preferentemente al mundo de lo público, el trabajo, sí que hay una ruptura grande cuando se produce ese cese de la actividad laboral (Entrevista 4)–. –Como las mujeres tenemos una multiplicidad de roles eso ayuda a un buen envejecimiento, porque pierdes uno de los roles que es el trabajo, todo lo que está asociado a esa pérdida, pero mantienes los otros (Grupo 6)–.*

En relación con la dimensión psicológica de la edad, los cambios psicológicos se pueden dividir en dos grandes grupos: los cognitivos, relacionados con la manera de pensar y las capacidades



mentales, y los que conciernen a la afectividad y a la personalidad. En la vejez, las modificaciones que se producen en las capacidades intelectuales (aprendizaje, adaptación, etc.), y en la personalidad (autoestima, identidad, etc.), están en gran medida afectadas por acontecimientos del entorno y por la construcción sociocultural que existe sobre la vejez y el envejecimiento. De hecho, algunas investigaciones evidencian que las capacidades intelectuales de las personas mayores suelen declinar en sociedades y entornos en los que están acentuados los estereotipos negativos sobre la vejez (Fernández-Ballesteros, 2009). Y de nuevo, las diferencias por género son importantes, ya que la evaluación que realiza cada persona de sí misma varía entre otros factores en función del género.

Desde hace décadas la psicología feminista ha estudiado cómo comparativamente por género las mujeres tienen una autoestima peor que los hombres a cualquier edad, ya que en las sociedades patriarcales el hecho de ser hombre tiene más valor que el de ser mujer, y, además, muchas de las aportaciones que realizan las mujeres en gran medida son invisibles, lo que refleja su falta de reconocimiento en la sociedad. Pero a pesar de este panorama estigmatizador del género femenino, algunos estudios sugieren que en la vejez las mujeres enfrentan su propia vida con serenidad y una saludable autoestima. Un período de la vida en el que las mujeres se pueden mostrar de manera más veraz e incluso pueden ser más atrevidas y arriesgadas porque se sienten más seguras de sí mismas (Freixas, *Ibíd.*2013). *–Las mujeres tienen una biografía que ha estado sujeta a cambios, y por eso, el envejecimiento creo que se integra mejor por parte de las mujeres que de los varones (Entrevista 4)–*. Aunque parezca una paradoja, lo cierto es que los patrones de género en este caso juegan más a favor que en contra. Los roles que las mujeres han desempeñado durante su vida les ha preparado para aceptar mejor los cambios que han tenido que asumir, y el envejecimiento, es uno de ellos.

Asimismo, en la vejez las mujeres se encuentran más libres del mandato social de la feminidad. *–Yo creo que es una ganancia que se tiene también con el envejecimiento, una ganancia que tenemos las mujeres, cuando nos damos cuenta que ya no tenemos que estar ahí intentando aparecer como el objeto sexual para los varones, pues entonces dices: ¡qué liberación! (Entrevista 5)–*.

#### **4.1.2. Desventajas estructurales, necesidades y problemas que experimentan en su vida las mujeres mayores**

En esta investigación se han analizado los patrones de género y las trayectorias vitales para estudiar la vida de las mujeres en la vejez poniendo el énfasis en sus vulnerabilidades. Fundamentalmente se ha abordado su nivel de formación, trayectoria laboral y recursos económicos.

Si atendemos al nivel de formación, estudios europeos como el Proyecto MERI (European Commission, 2002), muestran que las personas mayores tienen un nivel de formación significativamente menor que los grupos de edad más jóvenes, siendo las mujeres mayores las que están en una desproporcionada desventaja. Esta situación es idéntica en España tanto para las personas mayores en general como para las mujeres en particular.

En este estudio etnográfico el perfil de las mujeres que forman parte de los once grupos de discusión muestra un nivel de formación ligeramente más elevado que el que se conoce a través

de diversas encuestas, de hecho, el 51,31% dice tener estudios primarios, el 14,78% estudios secundarios, el 12,17% alcanzó el nivel universitario frente al 21,74% que manifiesta no tener estudios. Estos datos se apoyan en otra variable muy importante que es la clase social. Un 28,70% de las mujeres se considera de clase media-alta y un 39,13% de clase media, lo que ha contribuido a elevar la proporción de mujeres mayores con estudios, sobre todo secundarios y universitarios, algo excepcional en estas generaciones. Además, recordemos que se ha contemplado una horquilla de edad que abarca desde los 55 hasta más de 85 años, lo que ha contribuido también a mejorar el nivel formativo de la muestra, ya que un 28,69% tiene menos de 65 años.

Lo que resulta evidente es que entre los motivos fundamentales que han impedido que las mujeres mayores pudieran acceder en su infancia a la formación básica se apunta una discriminación de género en el acceso a la educación. Se observa, una vez más, la discriminación que los patrones de género han impuesto sobre la vida de las mujeres que actualmente son mayores. No cabe duda de que el nivel formativo condiciona el acceso a los bienes culturales, e incluso la elección de las actividades que se realizan en el tiempo libre. Sin duda esta circunstancia ha condicionado que muchas mujeres mayores tengan tantos deseos de ampliar sus conocimientos, de mejorar su nivel de instrucción, y de superar las carencias formativas heredadas de su proceso de socialización que marcaron una brecha con los varones de sus cohortes generacionales. *–Me gusta todo, todo lo que me pueda aportar un conocimiento. Porque es que saber sabemos muy poco (las mujeres mayores). Sabemos lo que es una gota de agua e ignoramos un océano y eso es verdad. Me gusta todo lo que pueda aprender (Grupo 11)–*. No en vano actualmente las mujeres mayores son mayoría en la formación para personas adultas y son grandes consumidoras de cultura: compran y leen libros, van al cine y al teatro, asisten a cursos, jornadas, encuentros, conferencias, etc. *–Me encanta pintar, coser, hacer punto, ver museos, exposiciones..., ver todo lo que hay por los alrededores, que dices: «ah, pues tal cosa...pues allá que voy». Además, tengo unas amigas que se mueven mucho (Grupo 10)–*. Esta presencia de las mujeres mayores en la vida cultural supone una ruptura respecto a su anterior ubicación en el mundo privado y limitado del hogar (Freixas, *Ibíd.* 2013, p.104). *–Una vez que han descubierto que hay otro mundo, que ya no es tan importante la centralidad que tenía su familia, y que hay un afuera de la familia, es que están como deseando cada vez más cosas, y siempre que se propone algún proyecto ellas son las que lo lideran, ellas son las que se mueven (Entrevista 5)–*.

Lo cierto es que el avance de las mujeres en la educación es uno de los ámbitos donde la diferencia entre la situación de las mujeres de más de 65 años y las que tienen entre 40 y 59 años es actualmente mayor, no solamente en los niveles más elementales, sino en la participación de las mujeres en los estudios universitarios, lo que pone de relieve las posibilidades tan distintas que van a tener estas mujeres cuando alcancen los 65 años, en relación a las posibilidades de las actuales mujeres de esta edad. De hecho, con un enfoque de curso vital, se observa que las personas mayores que consiguieron alcanzar estudios más elevados también tienen niveles de renta más altos que las personas de su misma edad con niveles de estudios más bajos. Este hecho condiciona las formas de vida, de convivencia, de jubilación, de acceso a los servicios sociales, e incluso, de estados de ánimo para afrontar la vida diaria, al tener mejores recursos de afrontamiento. Por ello, las mujeres adultas actuales, con niveles de formación más elevados,

disfrutarán de una vejez con más recursos personales que la mayoría de las mujeres mayores de hoy.

En cuanto a la trayectoria laboral, la de las mujeres se caracteriza por ser más compleja que la de los varones: son más reducidas, con entradas y salidas prolongadas del mercado laboral y con una escasa movilidad laboral. En este estudio etnográfico, las mujeres que actualmente son mayores, comenzaron a trabajar muy jóvenes, muchas antes de los 15 años, tanto en el ámbito urbano como en el rural. En todos los grupos de discusión que se han realizado se repite esta constante. Y lo que más determina su trayectoria laboral es su estado civil. Porque a pesar de comenzar tan pronto a trabajar, las mujeres que se casaban, dejaban su trabajo para dedicarse a su familia. Así se observa en el 45,22% de las mujeres que han participado en el estudio. *–Yo trabajé desde los 16 años hasta que me casé (Grupo 3)–. –Cuando tenía 16 años me vine a Madrid a un obrador de pastelería y ahí estuve hasta que me casé (Grupo 2)–. –Yo estuve trabajando de soltera, luego me casé y ya a mi casa a cuidar a mis hijos (Grupo 7)–. –Me vine a los 14 años a Madrid a servir y estuve hasta los 28 años trabajando. Y luego ya me casé, (...) y ya no he trabajado (Grupo 8)–. Y las que continuaron trabajando después de casadas (23,48%) lo hicieron en trabajos precarios o en negocios familiares sin cotizar a la seguridad social. Además, son muy pocas las que se reincorporaron al mercado laboral una vez criados sus hijos/as, que en este estudio representan solo el 3,47%. En cambio, las que se quedaron solteras siguieron trabajando hasta su jubilación, por lo que su trayectoria laboral es muy similar al patrón masculino, como se muestra más adelante.*

El tipo de trabajo en el que se iniciaron muchas de estas mujeres eran trabajos de baja cualificación como la costura o el servicio doméstico. La interrupción de las carreras laborales además contribuyó a profundizar esa falta de cualificación, porque cuando salían del mercado laboral lo hacían para atender a su familia, lo que no les permitía mejorar su formación y si se reincorporaban lo hacían de nuevo en un sector sin cualificación. Además, en la época en la que estas mujeres se casaron solo podían seguir trabajando si sus maridos daban el consentimiento, lo que no siempre les resultaba fácil de conseguir e incluso ponían impedimentos las propias empresas. *–Los hombres tampoco querían que trabajases (Grupo 1)–. Ahí está. Lo primero los maridos, y después tampoco las fábricas no te daban trabajo (Grupo 1)–.*

Otra variable determinante es la clase social. Las mujeres casadas con escasos recursos económicos tuvieron que seguir trabajando, y como su nivel de instrucción era bajo, muchas de ellas se incorporaron en el sector no estructurado de la economía y sin cotizar a la seguridad social, sobre todo en el servicio doméstico, haciendo arreglos como modista, trabajando en el campo, o incluso en un negocio familiar. *–Siendo soltera iba a casa de mis padres, pero luego ya me casé y por ayudarle a mi marido, por ganar dinero, él estaba ajustado y salía al campo, y yo ayudaba a la aceituna, a vendimiar... (Grupo 6)–. Y lo mismo les sucedió a las mujeres que se quedaron viudas con hijos/as y con una pensión muy reducida. –Después de morir mi marido tuve que salir porque los chicos estaban estudiando y estuve trabajando en casas cinco o seis años hasta que mis hijos se colocaron (Grupo 3)–.*

No solo es crucial la clase social, también lo es el nivel de instrucción. De manera que las mujeres con un nivel formativo más elevado cuando se casaron no renunciaron a sus carreras profesionales, porque a pesar de que formar una familia era importante en sus vidas, no lo era



menos la satisfacción que sentían realizando un trabajo que les gratificaba. *–Además trabajaba fuera. Y desde luego creo que es una de las cosas de las que estoy más satisfecha el haber trabajado fuera. A mí me gustaba mucho trabajar fuera (Grupo 10)–*. La irregularidad en las carreras laborales de las mujeres se observa en bastantes descripciones hechas en los grupos de discusión. Sobre todo describen cómo el trabajo fuera de casa, para estas generaciones de mujeres, ha estado condicionado a la situación de la familia, la edad de hijos e hijas, y la posibilidad de compaginar vida familiar y laboral. Y aunque algunas pudieron incorporarse de nuevo al mercado laboral cuando sus hijos/as eran ya mayores, también algunas se jubilaron antes de tiempo precisamente para seguir desempeñando labores de cuidado otra vez dentro de la unidad familiar. *–Yo estuve trabajando once años antes de casarme en una cosa muy diferente a la que he trabajado luego después. Lo dejé cuando me casé, tuve críos enseguida muy seguidos, pues lo tuve que dejar. Y luego me incorporé de nuevo en el 89 a trabajar, y lo he dejado hace dos años para hacerme cargo de una nieta pequeña (Grupo 10)–*.

En cuanto a las mujeres solteras que han participado en los grupos trabajaron hasta la edad de jubilación, ya que el trabajo era su medio de vida. Además, se observa que su nivel de formación es más elevado que el de la mayoría de las participantes casadas o viudas; en primer lugar, porque tuvieron más oportunidades para estudiar, y en segundo lugar, porque al estar de manera permanente en el mercado laboral han tenido más oportunidades para ampliar su formación y para cambiar de empleo, lo que les ha permitido mejorar también sus conocimientos. Por ello, sus ocupaciones son de mayor cualificación que los empleos del resto de las mujeres, al igual que su satisfacción con el trabajo. *–Yo hice la carrera de practicante. Y luego estuve trabajando con López Ibor dos años, y desde allí me fui a Inglaterra. Estuve tres años. Pues no hice más que venir, estuve de supervisora de San Luis, pero estuve solo como un año y pico porque me llamaron de Torrejón. Luego me dijeron en TWA que si quería ir, porque sabían que hablaba inglés, me fui a TWA y he estado 28 años, estuve en todos los sitios de la compañía, hasta que ya terminé en billetes (Grupo 5)–*.

En relación con los recursos económicos, la situación económica de las mujeres mayores está muy relacionada con los patrones de género, la edad, el estado civil, la duración de la carrera profesional y los esquemas nacionales de pensiones. La proporción de mujeres mayores en riesgo de pobreza es todavía hoy más amplia que la de hombres en Europa. Las tres variables que más inciden en el riesgo de pobreza son: la edad, el sexo y la unidad de convivencia. De tal manera, que una edad avanzada, ser mujer, y vivir en un hogar unipersonal, incrementa considerablemente el riesgo de entrar en los umbrales de pobreza. Por ello, las mujeres mayores de 80 años que viven solas tienen un riesgo de pobreza 8,4 puntos superior a los hombres en las mismas condiciones (IMSERSO, 2011a, p.30). Es evidente que la existencia de un sistema básico universal de pensiones juega un papel crucial en los ingresos de las personas mayores, de hecho casi el 90% de la población mayor española declara que sus ingresos proceden de una pensión, eso sí un 98,3% de los hombres de su propia pensión y un 48,3% de las mujeres de la pensión de su cónyuge. Por eso una de las variables más importantes para analizar la situación económica de las mujeres mayores es su estado civil, ya que la viudedad, condición abrumadoramente femenina, sobre todo en las edades más avanzadas, es determinante en la mayoría de los casos de situaciones de precariedad de recursos económicos y de riesgo de pobreza. Lo que se confirma en este estudio etnográfico. De las 115 mujeres que han participado

en los once grupos de discusión, el porcentaje más elevado, un 33,92%, confirma tener que vivir exclusivamente con los ingresos que obtienen a través de su pensión de viudedad, lo que las sitúa en una posición de riesgo, y en un desequilibrio constante entre ingresos y gastos, ya que cualquier pequeña desviación en el gasto mensual debido a imprevistos como una avería en algún electrodoméstico, o al aumento del precio de los consumos fijos como la alimentación, la factura de la luz, el agua, el gas o los medicamentos, reduce drásticamente sus posibilidades para hacer frente al pago de las necesidades básicas mensuales. *–El otro día baja el presidente de mi casa a pasarme el recibo de la comunidad y me dice «¡que se sube la comunidad!» y tienes que pagarlo, ¿a ver qué vas a hacer? Y no solo eso, tendrás que vestir, tendrás que comer, y tendrás un día que ir al cine, si no te vuelves loca todo el día en casa (Grupo 4)–.*

Pero a estos datos hay que añadir otra variable, ya que junto a la viudedad, la clase social es también determinante. Por eso el riesgo de pobreza disminuye entre las mujeres mayores que a pesar de cobrar una pensión de viudedad pertenecen a una clase social media-alta. Las mujeres viudas de clase media-alta que han participado en esta investigación manifiestan que en realidad tienen una vida desahogada porque disponen de más recursos económicos que solo la pensión de viudedad, si no en su opinión, sería imposible llegar a final de mes. En esta situación se encuentra el 21,73%, de las cuales el 13,04% dispone de otros ingresos como ahorros de toda la vida y el 8,69% además de la pensión de viudedad cobra una pensión de jubilación. *–La mayoría de las que estamos aquí no vivimos de nuestra pensión porque no podríamos vivir, tenemos un respaldo que nos ha permitido llevar una vida desahogada, viviendo con una parte de la pensión, otra de lo que hemos heredado de los padres y de lo que hemos ahorrado con el marido (Grupo 1)–.*

Tal como se ha mencionado, el estado civil de las mujeres mayores es probablemente la variable más importante para analizar su situación económica. Y como hemos visto, las mujeres viudas que perciben exclusivamente una pensión de viudedad, es el colectivo más vulnerable y con más riesgo de pobreza. Frente a ellas, las mujeres casadas disponen de más recursos económicos, no tanto obtenidos por ingresos propios, como a través de los ingresos de sus maridos, sobre todo pensiones de jubilación, ya que pocos siguen estando en activo. En este estudio etnográfico representan el 22,62% de las mujeres participantes en los grupos de discusión. Por último, solo el 19,12% cobra una pensión de jubilación o dispone de ingresos propios por su trabajo, y en la mayoría de este porcentaje se encuentran, como no podía ser de otra manera, las mujeres solteras (12,70%) y las divorciadas (2,61%). De nuevo se observa, cómo la soltería es para las mujeres mayores de hoy una de las condiciones que más ha favorecido su acceso a niveles educativos superiores y a empleos de mayor cualificación dentro del mercado laboral, por lo que en la vejez son las que disponen de mejores recursos formativos y económicos.

#### **4.1.3. Contribución de las mujeres mayores al desarrollo familiar y social a través de la provisión de cuidados**

Desde finales del siglo XX cada vez se reconoce más en la investigación social y económica la necesidad de realizar un cómputo adecuado del trabajo no remunerado –que en su mayoría es realizado por mujeres– dentro de los Sistemas de Cuentas Nacionales. Esto permitiría visibilizar la elevada productividad de las mujeres, ya que soportan una mayor carga laboral, pues

al trabajo reproductivo cada vez se añade más el trabajo productivo, lo que implica jornadas de trabajo más extensas que en el caso de los varones. Así lo ponen de manifiesto los estudios sobre usos del tiempo. Además, la evolución en los modelos de familia y en el rol social de las mujeres, experimentado durante las últimas décadas, no se ha visto correspondido con reformas que hagan posible un reparto equitativo entre el Estado y la familia (IMSERSO, 2004, p.185). Incluso entrada en vigor la Ley de Dependencia en 2007, el perfil de la persona cuidadora en el ámbito familiar, agudiza sus principales variables caracterizadoras: es mujer en un 94%, un 56% sobrepasa los cincuenta años, y un 22% son mayores de 60 años (IMSERSO, 2011b, p.642).

En esta investigación se ha querido visibilizar especialmente el cuidado y apoyo que prestan las mujeres maduras y mayores ya que, si está poco valorado el trabajo reproductivo de las mujeres en general, todavía lo está menos entre las de más edad, ya que se asume de manera naturalizada que se trata de generaciones educadas precisamente para el desempeño de estas tareas domésticas y de cuidado. *–Es que nos ha tocado la peor época, porque hemos estado para nuestros padres, y para nuestros hijos y para los nietos (Grupo 8)–*. Y ellas lo han asumido porque han interiorizado que su papel de cuidadora era y sigue siendo su responsabilidad como mujeres dentro de la familia. En algunos casos el número de personas a las que se ha cuidado y se cuida todavía parece imposible de abarcar. *–Yo sí; he cuidado de mis suegros, de los dos. He cuidado de un cuñado que estaba..., que le estoy cuidando. A mi suegra la cuidé durante doce años, a mi suegro durante veinte y a mi cuñado le sigo cuidando desde que me casé, 27 años. Y ahora con mi madre y otro hermano soltero que tengo también les cuido yo sola, porque no tengo a nadie que me los cuide (Grupo 2)–*.

El cuidado que realizan estas mujeres como abuelas es especialmente importante. *–Pues yo tengo dos hijas, que las dos trabajan. Me llevan a las siete de la mañana a una nieta, a la otra a las ocho, y ahí me tienes pues...Una tiene nueve meses y la otra 2 añitos (Grupo 3)–*. Una tarea de cuidados que a veces es compartida por las dos abuelas de la familia, *–Pues tengo dos nietos: la mayor tiene tres años y la pequeña ocho meses: así que me voy a casa de mi hijo a las siete de la mañana y luego viene a la una la otra abuela y yo ya me voy a mi casa (Grupo 11)–*, lo que evidencia la inestimable labor que desempeñan para que sus hijos e hijas, nueras y yernos puedan seguir en el mercado laboral. Incluso las que no cuidan de manera permanente, asumen que si sus hijos/as les piden ayuda, ellas están siempre disponibles. *–Tengo cinco nietos; no tengo a cargo nietos, pero claro, cuando me llaman allí estoy (Grupo 9)–*. Esta labor como abuelas cuidadoras la desarrollan con el mismo sentido de responsabilidad que como cuidadoras de familiares de edad avanzada, pero eso no evita que también se sientan atrapadas en la espiral del cuidado, porque se convierte en un mandato del que no pueden escapar, *–Mi hija todavía no me ha soltado. Sí, sí. Menos los domingos, que me deja libre como los soldados (Grupo 8)–*.

Como se pone de manifiesto en esta investigación, la solidaridad de las madres es mayor con las hijas trabajadoras de clase social baja, ya que aquellas son el recurso más importante con el que cuentan las segundas para poder permanecer en el mercado laboral. Con la ayuda de sus madres, estas mujeres se aseguran una pensión de jubilación cuando sean mayores, por tanto la solidaridad se extenderá para toda la vida. En cambio cuando estas abuelas cuidadoras



eran jóvenes no tuvieron prácticamente ayuda de nadie para criar a sus hijos/as. *–No hemos tenido ayuda ninguna porque muchas vivíamos lejos de nuestra familia, así que no nos podían ayudar. Además, que tampoco lo pedías, eran otros tiempos (Grupo 2)–*. Como la mayoría desempeñaba la función de ama de casa se daba por sentado que no necesitaban la ayuda de sus familias. Además, muchas de ellas ni siquiera tenían familia en la localidad donde vivían.

La feminización del cuidado está tan afianzada en el sistema patriarcal que hasta las tías solteras asumen ese papel y cuidan de los/as hijos/as de sus sobrinos/as, es decir, de sus sobrinos/as nietos/as, pero como narra alguna de las informantes en esta investigación, a costa de no poder hacer otras actividades en su vejez; *–(...) me vienen a casa y los tengo que cuidar, y con 4 años, con 9 años, que este año me he quedado mientras la madre trabajaba todo el mes de las vacaciones, y así sucesivamente. Y ahora me voy a cuidar a otro, que es una niña pequeña y otro que va a nacer..., y así ando. No hay tiempo para jubilarse, créeme. Quería hacer muchísimas cosas cuando me jubilara...Pero no estoy haciendo nada de lo que pensé (Grupo 10)–*.

Por tanto, para algunas de estas mujeres mayores que cuidan a personas ancianas dependientes o a sus nietos/as, incluso tanto a nietos/as como a personas ancianas a la vez, aunque lo sobrellevan con resignación como una responsabilidad que tienen que asumir, también les implica en muchas ocasiones una serie de problemas que afectan no solo a su salud física, sino también psicológica y emocional. El hecho de que estén sometidas a un esfuerzo físico elevado provoca que algunos de los cambios asociados al envejecimiento se aceleren o que aparezcan precozmente. *–Pues que ya no tienes fuerza para seguir el ritmo de ellos (los nietos). Yo ya cuando se van ya me siento en el sofá y ya no soy capaz ni de levantarme...Además tengo muchos dolores por todo el cuerpo (Grupo 7)–*. Pueden aparecer problemas cardíacos, circulatorios, y sobre todo estrés. Es lo que el cardiólogo del Hospital Universitario de Granada Antonio Guijarro denominó «síndrome de la abuela esclava» (Guijarro, 2000), y que en lugares como la Universidad de Harvard han estudiado ampliamente en los últimos años. Este síndrome lo padecen las mujeres mayores que asumen una sobrecarga de cuidado de familiares, junto con su trabajo cotidiano como amas de casa. Además, no solo lleva aparejados problemas de salud, sino que la inversión de tiempo para la realización de estas tareas de cuidado, junto con el tiempo empleado en labores domésticas, deja sin posibilidades de participación social a todas estas mujeres (Duque y Mateo, 2008, p.31). *–He tenido rachas muy malas y estoy que no me puedo mover porque me duelen mucho las rodillas. Y además es un sacrificio porque no te puedes ir a ningún lado (Grupo 4)–*.

Apenas hay cifras que ayuden a cuantificar el inmenso aporte de las mujeres mayores en las familias españolas. Datos muy interesantes aporta la encuesta de Lourdes Pérez Ortiz sobre el balance de cuidados que dan y reciben las mujeres mayores españolas. Las necesidades de las mujeres mayores movilizan la ayuda de 690.000 personas pertenecientes a la familia: el 32,9% son hijas, el 15,8% cónyuges, el 5,5% hijos, el 2,6% nueras, y el resto otros familiares. Las cifras parecen indicar que mientras el esposo está disponible es el encargado de apoyar a las mujeres mayores en la realización de las actividades de la vida diaria. Y cuando este falta o no tiene capacidad suficiente él solo, se moviliza el resto de la familia, especialmente las hijas. Al mismo tiempo, las mujeres mayores aportan a su familia: 366.000 cuidadoras de personas adultas/mayores, y 842.000 cuidadoras de nietos/as. Como vemos el saldo se in-

clina a favor de las mujeres mayores que aportan un ejército de 1.200.000 cuidadoras, frente a las 690.000 personas del resto de la familia que atiende a mujeres ancianas dependientes (Pérez Ortiz, 2003, p.205-206), que tampoco debemos olvidar que en su mayoría son también mujeres. Por tanto, las mujeres mayores aportan más cuidados de los que reciben.

Si está poco valorada y cuantificada la labor de las mujeres cuidadoras en general, la función de estas mujeres cuando son mayores está mucho más invisibilizada, a pesar de que contribuyen de manera relevante al bienestar de sus familias y de la sociedad en su conjunto. La sociedad les debe un reconocimiento: *–Un reconocimiento a diferentes niveles: desde luego un reconocimiento social, pero incluso curricular. Se han hecho sugerencias y una persona que está cuidando a su madre con Alzheimer y ha estado seis años, esa persona debería tener un reconocimiento social y curricular de que es experta en cierto tipo de cuidados, por ejemplo, con ayudas laborales, con ayudas económicas si procede, etc. Lo que estamos totalmente de acuerdo es que es una labor invisible poco reconocida (Entrevista 3)–*. Y es relevante que la mayoría de las informantes en los grupos de discusión tienen claro que ayudan mucho más a sus hijas e hijos de lo que las ayudan a ellas, sobre todo porque antes de pedir ayuda se las apañan como pueden para no tener que molestar, ya que saben que su familia está demasiado ocupada. *–Nosotras estamos más para ellos (los hijos e hijas) que ellos para nosotras (Grupo 9)–; –Ayudo yo más a mis hijos que ellos a mí,... (Grupo 11)–*.

Y lo más reprochable es que no se reconoce a las mujeres mayores como uno de los motores del cambio social y del avance de la igualdad en nuestras sociedades. Un cambio que se ha orquestado gracias a que las mujeres mayores con su esfuerzo y entrega lo han facilitado. Ni siquiera el feminismo se ha percatado en su justa medida de la función tan imprescindible que han desempeñado las mujeres mayores. Son las grandes olvidadas. Ya llevamos varias décadas hablando de la crisis de los cuidados porque las mujeres se han incorporado al mercado laboral y los hombres no se han incorporado al trabajo reproductivo en la medida que era necesario, y sin embargo, no se ha visibilizado la decisiva contribución que aportan las mujeres mayores en sus entornos familiares. Con las mujeres mayores actuales se ha cerrado un ciclo. *–Hoy las mujeres de edad en nuestro país son la última generación de mujeres mayoritariamente amas de casa, ellas han ejercido un ciclo completo de solidaridad generacional, cuidando no solo a sus hijos, sino también a sus parientes mayores, y ahora también a su nietos, motivo por el cual la sociedad tiene con ellas una deuda inmensa (Entrevista 2)–*. Como muy acertadamente comenta una de las informantes en este estudio etnográfico *–somos la generación bisagra, para todo (Grupo 7)–*, y es una expresión muy visual porque si la bisagra falla, fallará todo el engranaje. Por ello, es necesario hacer visible la provisión de cuidados y apoyo que aportan a sus familias, no solo como un requisito para ponerlo en valor, sino como un reclamo para que se cuestione definitivamente el cuidado como una responsabilidad y tarea que deben desempeñar las mujeres en todas las etapas de su vida como un mandato de género. Porque las mujeres jóvenes y adultas también están atrapadas en un sistema patriarcal que les ofrece pocas posibilidades para incorporarse al mercado laboral en pie de igualdad con los hombres, si quieren compaginarlo con la creación de una familia. Tendrán que cambiar los comportamientos individuales y las políticas sociales de provisión de cuidados para que se deje de considerar la conciliación entre vida laboral y vida familiar como un problema relacionado solo con las mujeres.

El feminismo está desmontando el deber ser, el deber ser cuidadoras y la doble jornada. Y eso significa realizar cambios profundos en la organización socioeconómica, en la división del trabajo y en la manera de ser y estar de los hombres y las mujeres en el mundo. De ahí la necesidad del feminismo: al visibilizar y valorar el aporte del cuidado de las mujeres al desarrollo y el bienestar social; al proponer un reparto equitativo del cuidado en la comunidad, en particular entre mujeres y hombres, y entre familia y Estado; y al resignificar el contenido de las actividades de cuidado y promover los recursos necesarios para lograr que la vida de cada mujer esté basada en la defensa de sus derechos humanos.

#### 4.1.4. La participación social de las mujeres mayores

Por muchos de los datos presentados podríamos llegar a concluir que para muchas mujeres mayores su envejecer muestra ampliamente situaciones de carencia y de dedicación plena al entramado familiar, con pocos espacios y tiempos propios para ellas mismas y su disfrute personal. Sin embargo, este estudio etnográfico también confirma que muchas mujeres mayores redefinen su proyecto de vida en la vejez de manera positiva. Para evidenciarlo, en esta investigación se aborda la participación social de las mujeres mayores, y cómo para muchas de ellas supone una experiencia personal transformadora que contribuye a dibujar nuevos escenarios comunitarios y a visibilizar su dimensión social en el diseño político sobre todo de las administraciones locales.

Para muchas de estas mujeres resulta significativo desarrollar un proyecto personal en el que la familia es una fuente importante de satisfacción, pero no lo es menos, la relación de amistad que se establece con otras mujeres y la conquista de un tiempo para ellas mismas. Por eso en la vejez, las redes de soporte mutuo suelen ser más fuertes entre las mujeres mayores que entre los hombres, así como las relaciones intergeneracionales. Esto se evidencia de manera relevante en este estudio a través de las asociaciones de viudas que han participado, en las que se muestra cómo las mujeres mayores viudas están a menudo más integradas socialmente que las parejas mayores. Este es el resultado de tener que superar la soledad por la pérdida de la pareja y, en la mayor parte de los casos, la ruptura con las amistades que se compartían mientras se estaba casada –*los vínculos de cuando estabas casada se reducen cuando te quedas viudas, sobre todo los matrimonios de amigos, esos se cortan por completo. Porque además lo pasas muy mal, porque vas con el vacío de tu marido (Entrevista 1)–*, buscando para superarlo el apoyo fundamentalmente de otras mujeres viudas –*si vas con amigas que son viudas, como todas tenemos el mismo problema, nos apoyamos, nos ayudamos y nos encontramos a gusto (Entrevista 1)–*.

También entre las viudas que han participado en esta investigación la mayoría reivindican la soledad como una necesidad personal alcanzada en sus vidas ahora que son mayores. Muchas narraciones de mujeres viudas en los grupos de discusión ponen en valor la soledad porque para ellas vivir a solas no implica estar aisladas ni sentirse solas, –*me encanta la soledad! Yo necesito un gran espacio de soledad y me lo paso fantástico (Grupo 5)–* les permite ser independientes y libres. –*La libertad de hacer lo que te apetece en cada momento (Grupo 11)–*. Y gracias a su red de amigas realizan multitud de actividades de todo tipo y gozan de momentos compartidos en el día a día. Vivir a solas con tiempos elegidos de soledad es maravilloso



cuando se tiene un mundo interior, un ocio personal y unas relaciones con las que compartir la vida. Sobre todo refieren de manera reiterada que «vivir a solas» o «tener la casa para ellas» implica no tener a nadie que organice, determine, condicione sus horarios, sus tareas, sus responsabilidades, sus necesidades. Por fin sienten que son ellas las que gestionan su tiempo, las que priorizan sus deseos y necesidades, y las que deciden su proyecto de vida (López, Díaz y Sánchez, 2014). Incluso este discurso es habitual, entre las mujeres que a pesar de no vivir solas, han conseguido encontrar la manera de disfrutar de momentos personales de soledad y de lugares en los que pueden estar consigo mismas y nadie más.

No cabe duda que también para muchas mujeres viudas formar parte de una asociación es una de las mejores maneras para superar el sentimiento de soledad que puede generar la pérdida de la pareja y la posibilidad de hacer nuevas amistades y participar activamente. *–La asociación consigue sobre todo una cosa: que no te quedes en casa (Grupo 3)–*. Se sienten cómodas y comprendidas por las demás compañeras, además la asociación les permite visualizar que viven solas, pero que no están aisladas y que pueden realizar multitud de actividades en grupo.

A pesar de que todas las mujeres que han participado en los grupos de discusión comentan que realizan las tareas del hogar, sobre todo por la mañana, salvo excepciones que cuentan con una persona contratada, incluso interna que realiza dichas tareas, ahora disponen de tiempo libre para realizar actividades que les resultan satisfactorias. En este aspecto, es en el que encontramos ciertas diferencias entre las mujeres que acuden a una asociación, a un centro de mayores, o a cualquier centro público de su barrio, y las que no lo hacen. Las primeras manifiestan un sentimiento de satisfacción con su vida actual y realizan un sin fin de actividades diarias en mayor medida que las segundas que se sienten más solas y tristes, incluso en los pueblos pequeños, en donde se supone que todo el mundo se conoce. El asociacionismo y la participación les ofrecen muchas más posibilidades formativas y recreativas de las que han tenido a lo largo de su vida. E incluso relacionales, porque ha aumentado su red de apoyo con amistades de gran valor para ellas. El asociacionismo «está estrechamente vinculado a necesidades cotidianas que han permanecido invisibles como lo ha sido buena parte de la historia de las mujeres» (Del Valle, 2009, p.286). Su empoderamiento se está promoviendo precisamente a través del asociacionismo, la formación y la participación. *–Nosotras cogemos un autobús y lo llenamos con cincuenta mujeres de la asociación y nos vamos de excursión o nos vamos a unas jornadas de mujeres (Grupo 6)–*. Gracias al asociacionismo y a la participación en actividades que se organizan a través de entidades públicas como casas de cultura, instalaciones deportivas, bibliotecas, centros de mayores o centros cívicos, estas mujeres están ampliando su capacitación y su visibilización ante la comunidad, las administraciones públicas e incluso adquieren mayor consideración dentro de sus propias familias porque se muestran emprendedoras, activas y comprometidas. Supone un cambio de calado ya que la mayoría de estas mujeres vienen de trayectorias vitales muy apegadas al ámbito doméstico y el trabajo reproductivo. Incluso las que han trabajado fuera de casa, muchas lo han hecho en condiciones de precariedad, pero conscientes de que poco podían hacer para cambiar esa situación. Para muchas de estas mujeres el asociacionismo les ha ayudado a dar pasos importantes para reivindicar cambios tanto para ellas como para colectivos a los que representan: mujeres y familias rurales, mujeres viudas, mujeres mayores, abuelas y abuelos, personas mayores, etc. Las asociaciones para estas mujeres han actuado de «espacios puente», «entre lo doméstico y lo exterior y entre lo interior

y lo público. (...) implica un paso hacia delante del estar dentro para salir y volver a entrar... Una de sus metas es la de ser apoyo para el cambio» (Del Valle, 1997, p.164-165). Estas asociaciones como espacios puente posibilitan la experiencia de nuevas socializaciones para las mujeres mayores y contextualizan cambios personales en procesos colectivos que les permiten poner nombre a la desigualdad experimentada en su curso vital, debido a la ideología que ha situado a la mujer en la casa en una situación de discriminación, y a buscar mecanismos para iniciar cambios y reivindicar derechos (Maquieira, 1995, p.322-324).

Pero no todas las mujeres mayores forman parte de asociaciones ni llegan a tener esta presencia social ni experimentan este empoderamiento. Fundamentalmente lo describen aquellas que no tienen la responsabilidad de prestar apoyo y cuidados intensivos en sus familias extensas, y aquellas que han encontrado los mecanismos para poder cuestionar su papel de género como mujeres a lo largo de sus vidas, reducido generacionalmente al espacio del hogar y de las tareas de atención y cuidado que en él se realizan, y ahora priorizan entre sus necesidades personales, el diseño de un proyecto de vida deseado, se atreven a cumplir sus propios sueños y a imaginar lo que son capaces de hacer como mujeres mayores en el siglo XXI. Para muchas de estas mujeres precisamente el contacto con otras, el formar parte de grupos o de asociaciones, ha contribuido de manera espectacular a que se produjera ese cambio. Lo ha facilitado. *–Ha jugado un papel importantísimo en este terreno, ya que les ha servido de vínculo de unión ante un sentir similar (Entrevista 2)–*. Todo ello, por supuesto, sin caer en el mandato de la actividad y la participación a toda costa (Freixas, Ibíd.2013, p.309), que exalta el estar haciendo siempre cosas, aunque sean actividades de gran valor social. Por supuesto que las mujeres mayores son capaces de estar implicadas en la sociedad, y cada vez tienen más posibilidades de elegir en qué quieren participar, y cómo desean hacerlo. Pero eso no debe llevarnos a considerar que tienen valor por lo que hacen y no por lo que son: ciudadanas de pleno derecho. Por ello, como expone Anna Freixas, como lo que «no se nombra no existe», no nos queda más remedio que nombrar y normalizar la vejez, no como un estado de catástrofe, sino como un tiempo a vivir (Ibíd.2013, p.330). Y especialmente tenemos que seguir dando voz a las mujeres mayores para que puedan expresar libremente cómo desean participar socialmente en esta etapa de sus vidas, tras unas trayectorias vitales que les han negado muchas de las oportunidades que ahora les ofrece la vejez.

## 5. CONCLUSIONES

Hay dos aspectos relevantes que se evidencian en esta investigación etnográfica, en primer lugar, que a pesar de que cultura y género son dos determinantes que influyen en el proceso de envejecimiento, la antropología y la gerontología han estudiado escasamente cómo influyen en la calidad de vida de las mujeres mayores, cuando, especialmente el género, es una variable que condiciona todo el curso vital. Y, en segundo lugar, el feminismo ha estudiado de manera insuficiente las condiciones de vida de las mujeres mayores y cuando en la agenda de los estudios de las mujeres se hacía balance de los temas clave, los asuntos relativos a la vejez eran una excepción, al menos hasta fechas muy recientes (Freixas, Ibíd.2013, p.37). Por estos motivos, en esta investigación etnográfica la aportación del feminismo se considera imprescindible en el ámbito geroantropológico porque ofrece las claves que permiten cuestionar el edadismo que

discrimina a las mujeres mayores y que interactúa en combinación con el androcentrismo. Los sesgos de género y edad visibilizan lo que los sistemas patriarcales imponen en la vida de las mujeres. Esta investigación trata del cuestionamiento de esos sistemas que siguen estableciendo desigualdades entre los hombres y las mujeres en la actualidad.

Se presentan a continuación algunas de las conclusiones más destacadas que aporta esta investigación en cada uno de los cinco objetivos que pretendía alcanzar.

En cuanto al primer objetivo, se han analizado las representaciones sociales que existen todavía sobre las personas mayores, el envejecimiento y la vejez en las que predomina una construcción social edadista cargada de estereotipos negativos que estigmatiza a este colectivo como personas enfermas, dependientes y frágiles. Lo que ofrece una interpretación reduccionista y homogeneizante del hecho de envejecer. Esta interpretación limitadora se cuestiona desde posiciones más críticas como el paradigma del envejecimiento activo o enfoques que adoptan una visión de curso vital, que analizan el envejecimiento como un fenómeno multidimensional y complejo en el que tanto variables individuales como sociales se muestran relevantes para el análisis de la vejez. A través de estas aportaciones teóricas, la conclusión más relevante es que el envejecimiento es un proceso que recorre el curso de la vida, que depende de variables del contexto social y que remarca la heterogeneidad que las personas mayores tienen entre sí.

En cuanto al segundo objetivo, a partir de la interrelación de cuatro dimensiones de la edad — la cronológica, la fisiológica, la social y la psicológica—, y de cómo en todas ellas los patrones de género establecen un doble rasero para hombres y mujeres, se ha tratado de recoger en los relatos de las informantes su vivencia acerca de estas dimensiones de la edad y de su propio envejecimiento en la sociedad. Una conclusión muy interesante ha sido observar cómo, a pesar de la carga discriminatoria que el género impone sobre las mujeres en esas cuatro dimensiones de la edad, muchas de las narrativas de las informantes ofrecían una vivencia más positiva de la esperada tanto sobre ellas mismas como mujeres mayores como del envejecer de las mujeres en general.

En cuanto al tercer objetivo, se ha querido que las informantes relataran las desventajas estructurales, necesidades y problemas que podrían padecer como mujeres mayores debido a carencias generacionales inscritas en el marco de una sociedad patriarcal —en cuanto a condiciones materiales, nivel de instrucción, estado de salud o trayectoria laboral—. Una de las conclusiones más relevantes es que los patrones de género y los roles socializados y desempeñados a lo largo de la vida explican gran parte de las carencias que manifiestan muchas de las mujeres participantes en este estudio etnográfico. Así, por ejemplo, se observa en algunos relatos cómo la multiplicidad de roles y la construcción de su identidad femenina como «seres-para-los-otros» ha incidido en su salud a lo largo de su vida, lo que ha tenido una repercusión negativa en su envejecer. Del mismo modo, se pone de manifiesto cómo la discriminación de género sufrida en la infancia emerge en el relato de algunas informantes como uno de los motivos más poderosos que impidió su acceso a la educación. Y de nuevo también cómo la discriminación de género imposibilitó que muchas de ellas pudieran seguir trabajando después de casarse. Una segunda conclusión interesante, es que la heterogeneidad en las trayectorias de las mujeres que han participado en este estudio se muestra a través de variables tales como el estado civil, la clase social y, especialmente, el nivel de instrucción. Así, las informantes que alcanzaron un nivel



formativo elevado y se mantuvieron solteras son las que describen haber disfrutado de carreras laborales más parecidas al patrón masculino, lo que les ha permitido disponer de recursos económicos más elevados a lo largo de sus vidas y sobre todo en la vejez a través de pensiones de jubilación.

En cuanto al cuarto objetivo, se ha tratado de poner en valor la provisión de cuidados que prestan las mujeres mayores en sus familias extensas para visibilizar con ello su contribución al desarrollo socioeconómico de la sociedad y al bienestar que generan en sus entornos familiares. Una de las conclusiones más importantes que se puede extraer de los testimonios narrados por muchas de las mujeres participantes es que ellas prestan más cuidados y apoyos en sus familias de los que reciben. Si está poco valorada y cuantificada la labor de las mujeres cuidadoras en general, en el caso de las mujeres aun lo está menos. De manera destacada son o han sido cuidadoras de personas dependientes —maridos, madres, padres, suegros, suegras—, también de nietos y nietas, e incluso no en pocas ocasiones tanto de personas adultas dependientes como de nietos/as a la vez. Y lo que se muestra relevante en sus narraciones es que el desempeño de esta tarea de cuidados ha posibilitado y sigue haciéndolo en la actualidad la conciliación de la vida laboral y familiar de sus hijos (yernos) y especialmente de sus hijas (nueras), ya que les da la posibilidad de incorporarse y mantenerse en el mercado laboral. Estas generaciones de mujeres mayores han sido y son uno de los motores del avance de las mujeres adultas. Sin embargo, frente a este efecto positivo, no se debe dejar de mencionar las consecuencias negativas que tiene un nivel elevado de cuidados sobre las propias vidas de muchas mujeres mayores cuidadoras, entre ellas la sobrecarga y la falta de oportunidades para disfrutar de ocio y un tiempo personal.

Por último, en cuanto al quinto objetivo, se ha querido indagar si las mujeres mayores participantes en este estudio redefinen su proyecto personal en la vejez y dan cabida en ese proyecto al ejercicio de una ciudadanía activa a través de la participación social y el asociacionismo. La conclusión más relevante evidencia que la capacidad de las mujeres a la hora de crear vínculos y establecer relaciones vehicula mecanismos de participación social en los que el asociacionismo se muestra como uno de los más potentes para el empoderamiento de las mujeres mayores, que les ofrece la posibilidad de superar parte de las vulnerabilidades que han caracterizado sus cursos vitales. Para muchas de las informantes, la participación social en general, y el asociacionismo en particular, les ha abierto un abanico de posibilidades formativas, recreativas y relacionales mucho mayor del que han tenido a lo largo de su vida. Además, algunas mencionan que formar parte de asociaciones les ha ayudado a dar pasos importantes para reivindicar cambios para los colectivos a los que representan: mujeres y familias rurales, mujeres viudas, mujeres mayores, personas mayores, etc. Y otra conclusión importante ha sido observar cómo la participación social les ha posibilitado la experiencia de nuevas socializaciones al ampliar sus redes sociales y la ocupación de espacios públicos como una conquista de libertad que amplía los límites del espacio doméstico en el que muchas de ellas han visto transcurrir sus vidas.

## 6. REFERENCIAS

- Barrantes, Melba (2006). Género, vejez y salud. *Acta Bioética*, 12(2), 193-197. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/abioeth/v12n2/art08.pdf>
- Bateson, Mary Catherine (2013). Changes in the life course. Strengths and Stages. En Caitrin Lynch and Jason Danely. (Eds.), *Transitions and Transformations. Cultural perspectives on aging and the life course* (pp. 25-38). Chicago, USA: University of Chicago.
- Comas, Dolors (2014). Los cuidados y sus máscaras. Retos para la antropología feminista. *Mora*, 20(1), 1-32. Recuperado de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1853-001X2014000100005&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2014000100005&lng=es&nrm=iso)
- Danely, Jason and Lynch, Caitrin (Eds.) (2013). *Transitions and Transformations. Cultural perspectives on aging and the life course*. Chicago, USA: University of Chicago.
- Del Valle, Teresa (1997). *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid, España: Alianza, Colección Feminismos.
- Del Valle, Teresa (2002). Contrastes en la percepción de la edad. En Virginia Maquieira. (Ed.), *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo* (pp. 43-48). Madrid, España: IMSERSO, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Del Valle, Teresa (2009). Personas mayores y ciudad: vivencias y significados del espacio. En Antonio Martínez Maroto, Luis Gil Romero, Pedro Serrano Marzo y José Manuel Ramos Miguel. (Coords.), *Nuevas miradas sobre el envejecimiento* (pp. 271-294). Madrid, España: IMSERSO, Colección Manuales y Guías Serie, Personas Mayores N° 31005, Ministerio de Sanidad y Política Social.
- Del Valle, Teresa (2013). Vivienda, hábitat y espacio urbano: deseos y proyectos desde las personas mayores. En Pilar Folguera, Virginia Maquieira, M<sup>a</sup> Jesús Matilla, Pilar Montero y M<sup>a</sup> Jesús Vara. (Eds.), *Género y Envejecimiento* (pp. 207-228). Madrid, España: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM), Universidad Autónoma de Madrid.
- Duque, Juan Manuel y Mateo, Adela (2008). *La participación social de las personas mayores*. Madrid, España: Colección Estudios, Serie Personas Mayores N° 11005, IMSERSO.
- European Commission (2002) *MERI-Mapping existing research and identifying knowledge gaps concerning the situation of older women in Europe*. Recuperado de <http://www.own-europe.org/History/meri/pdf/summary-finland-eng.pdf>.
- Fernández-Ballesteros, Rocío (2009). *Envejecimiento activo. Contribuciones de la Psicología*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Freixas, Anna (1993). *Mujer y Envejecimiento: aspectos psicosociales*. Barcelona, España: Fundación la Caixa.
- Freixas, Anna (2013). *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*. Barcelona, España: Editorial Paidós.

Freixas, Anna (2018). *Sin reglas. Erótica y libertad femenina en la madurez*. Madrid, España: Editorial Capitán Swing.

Freixas, Anna; Luque, Bárbara y Reina, Amalia (2009). El ciclo vital revisado: las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales. *Recerca, Revista de Pensament i Anàlisi*, 9, 59-80. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/RecercaPensamentAnalisi/article/view/183149/235845>

Fuster, Valentín y Sampedro, José Luis (2008). *La ciencia y la vida*. Barcelona, España: Randon House Mondadori.

Guijarro, Antonio (2000). *El síndrome de la abuela esclava. Pandemia del siglo XXI*. Granada, España: Grupo Editorial Universitario.

Guillemard, Anne-Marie (2009). Un curso vital más flexible. Nuevos riesgos y desafíos para la protección social. *Recerca, Revista de Pensament i Anàlisi*, 9, 13-39. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/RecercaPensamentAnalisi/article/view/183015/235711>

Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona, España: Ediciones Paidós.

IMSERSO (2004). *Atención a las personas en situación de dependencia*. Libro Blanco. Madrid, España: IMSERSO, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

IMSERSO (2011a). *Informe sobre las Mujeres Mayores en España*. Madrid, España: IMSERSO e Instituto de la Mujer, Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

IMSERSO (2011b). *Libro Blanco del Envejecimiento activo*. Madrid, España: IMSERSO, Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

Jociles, M<sup>a</sup> Isabel (1999). Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico. *Gaceta de Antropología*, 15(01). Recuperado de <http://hdl.handle.net/10481/7524>

Lalivé D'Épinay, Christian; Bickel, Jean-François; Cavalli, Stefano et Spini, Dario (2005). Le parcours de vie: émergence d'un paradigme interdisciplinaire. En J. F. Guillaume. (Ed.), *Parcours de vie. Regards croisés sur la construction des biographiques contemporaines* (pp.187-210). Liège, Belgique: Les Éditions de l'Université de Liège.

Liang, Jiayin and Luo, Baozhen (2012). Toward a discourse shift in social gerontology: from successful aging to harmonious aging. *Journal of Aging Studies*, 26(3), 327-334. doi: 10.1016/j.jaging.2012.03.001

López, Juan; Díaz, M<sup>a</sup> Pilar y Sánchez, Mariano (2014). El rechazo de las mujeres mayores viudas a volverse a emparejar: cuestión de género y cambio social. *Política y Sociedad*, 51(2), 507-532. Recuperado de [http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_POSO.2014.v51.n2.44936](http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n2.44936)

Maquieira, Virginia (1995). Asociaciones de mujeres en la Comunidad Autónoma de Madrid. En Margarita López Ortega (Dir.), María Jesús Matilla, Esperanza Frax, María Jesús Vara y Virginia Maquieira, *Las mujeres de Madrid como agentes de cambio social* (pp. 263-338)



Madrid, España: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM), Universidad Autónoma de Madrid.

Maquieira, Virginia (2013). Construyendo escenarios de futuro. Diseños alternativos desde el presente. En Pilar Folguera, Virginia Maquieira, M<sup>a</sup> Jesús Matilla, Pilar Montero y M<sup>a</sup> Jesús Vara. (Eds.), *Género y Envejecimiento* (pp. 191-206). Madrid, España: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM), Universidad Autónoma de Madrid.

Moliner, Belén y Biescas, Cristina (2002). La oportunidad de la alfabetización en las mujeres mayores. En Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López. (Eds.), *Las edades de las mujeres* (pp. 405-417). Madrid, España: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM), Universidad Autónoma de Madrid.

Pérez Ortiz, Lourdes (2003). *Envejecer en femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del siglo XXI*. Madrid, España: Instituto de la Mujer, Serie Estudios N<sup>o</sup> 81, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Pérez Ortiz, Lourdes (2006). Jubilación, género y envejecimiento. En Joaquín Giró Miranda. (Coord.), *Envejecimiento activo, envejecimiento en positivo* (pp. 89-112). Logroño, España: Universidad de la Rioja, Colecciones Biblioteca de investigación, 47.

Ramos, Mónica (2010). Mujeres mayores: nuevos derechos para nuevas realidades. En Virginia Maquieira. (Ed.), *Mujeres, Globalización y Derechos Humanos* (pp. 203-268). Madrid, España: Cátedra, Feminismos, 2<sup>a</sup> edición revisada y aumentada.

Ramos, Mónica (2012). Mujeres mayores en España: análisis de sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social. En Delia Lucia Gascón Navarro, Isolda Belo da Fonte y Edgar A. García Fuentes. (Eds.), *Género y Vejez, de la naturalización a la diversidad* (pp. 45-68). Editorial Académica Española. doi: 978-3-8484-6619-1.

Ramos, Mónica (2017). *Envejecer siendo mujer. Dificultades, oportunidades y retos*. Barcelona, España: Edicions Bellaterra.

Regás, Rosa (2010). La hora de la verdad. Una mirada a la vejez. Barcelona, España: Now Books.

Rowntree, Margaret R. (2014). Comfortable in my own skin: A new form of sexual freedom for ageing baby boomers. *Journal of Aging Studies*, 31, 150-158. doi: 10.1016/j.jaging.2014.09.006.

Salgado-de Snyder, V. Nelly y Wong, Rebeca (2007). Género y pobreza: determinantes de la salud en la vejez. *Revista Salud pública México*, 49(4), 515-521. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1590/S0036-36342007001000011>

Sánchez Salgado, Carmen Delia (2003). *La mujer de edad mayor en una sociedad feminizada*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.

Sandberg J., Linn (2013). Affirmative old age. The ageing body and feminist theories on difference. *International Journal of Ageing and Later Life*, 8(1), 11-40. doi: 10.3384/ijal.1652-8670.12197.

Sontag, Susan (1978). The double standard of aging. En V. Carver and P. Liddiard. (Eds.), *An Aging Population*. London, United Kingdom: Hodder and Stoughton.

## 7. ANEXOS

Descripción de la composición y características principales de los grupos de discusión. La numeración de los grupos corresponde al orden en el que se realizaron:

- (Grupo1) Grupo de discusión con mujeres de la Asociación de Viudas de Madrid: fue el más numeroso, porque a pesar de que se convocaron a 12 mujeres, se presentaron 18 y aunque metodológicamente es poco riguroso un grupo tan amplio, se aceptó su participación dada la buena disposición de todas las participantes y de que no les importó ampliar el tiempo de la reunión para que todas pudieran intervenir. Además, teniendo en cuenta que uno de los objetivos del estudio era precisamente dar voz a las mujeres mayores no parecía razonable pedirles a las que se habían presentado sin ser convocadas que se marcharan. Todas viudas; ámbito urbano; clase media-alta; con edades entre 70 y 87 años. Es el grupo con edades más elevadas.
- (Grupo2) Grupo de discusión con mujeres en Getafe (Madrid): compuesto por 8 mujeres. Hay dos características destacables de este grupo, en primer lugar, que todas cuidaban de sus nietos/as durante la semana 4 horas o más y también que habían cuidado en el pasado de alguna persona mayor dependiente con el mismo nivel de intensidad. Y en segundo lugar, fue el grupo de mujeres más jóvenes, con edades entre 55 y 65 años. Cuatro estaban casadas, tres viudas y una separada; ámbito urbano, clase media.
- (Grupo3) Grupo de discusión con mujeres de la Asociación de Viudas de Aranjuez (Madrid): compuesto por 14 mujeres. Todas viudas; ámbito semi-urbano/ciudad media; clase media; con edades entre 57 y 81 años. Este fue el grupo de discusión que abarcó un abanico más amplio de edades.
- (Grupo4) Grupo de discusión con mujeres de la Asociación de Viudas de Aluche (Madrid): compuesto por 11 mujeres. Todas viudas; ámbito urbano; clase media; con edades entre 60 y 79 años. Este fue el grupo más homogéneo en relación con todas las variables que se tuvieron en cuenta.
- (Grupo5) Grupo de discusión con mujeres residentes en los Apartamentos tutelados para personas mayores Calendas-Hispanas (Madrid): compuesto por 7 mujeres. Cinco viudas y dos solteras; ámbito urbano; clase media-alta; con edades entre 64 y 86 años. Este fue el único grupo de mujeres que no residían en sus domicilios habituales, sino que vivían en apartamentos tutelados en un edificio residencial especializado en la atención para personas mayores y gestionado por Calendas-Hispanas.
- (Grupo6) Grupo de discusión con mujeres en La Solana (I) Ciudad Real: compuesto por 12 mujeres. Ocho casadas, una viuda y tres solteras; ámbito rural; clase media-baja; con edades entre 62 y 68 años. La mitad de las mujeres que participaron en este grupo pertenecían a la Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural-AFAMMER. Este fue el grupo más homogéneo en cuando a la edad de las participantes.
- (Grupo7) Grupo de discusión con mujeres en La Solana (II) Ciudad Real: compuesto por 13 mujeres. Ocho casadas, tres viudas y dos solteras; ámbito rural; clase media-baja; con edades entre 61 y 81 años. Al igual que en el grupo anterior, la mitad de las mujeres que



participaron en este grupo, pertenecían a la Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural-AFAMMER.

- (Grupo8) Grupo de discusión con mujeres en Campo Real (Madrid): compuesto por 7 mujeres. Cuatro casadas, dos viudas y una soltera; ámbito rural; clase media-baja; con edades entre 60 y 84 años.
- (Grupo9) Grupo de discusión con mujeres en Loeches (Madrid): compuesto por 5 mujeres. Tres casadas, una viuda y una soltera; ámbito rural; clase media-baja; con edades entre 66 y 76 años. Este fue el grupo con menor número de participantes. Se convocaron a ocho mujeres, pero solo acudieron cinco. Tanto en Campo Real como aquí en Loeches, la captación resultó más complicada, porque no fue la persona de contacto y a quién se le aportó la información sobre la investigación quién realizó la captación, sino otras personas intermediarias, lo que pudo complicar la explicación de los objetivos del grupo, el propósito, el tiempo de duración, etc.
- (Grupo10) Grupo de discusión con mujeres de la Asociación ABUMAR (Abuelos y Abuelas en Marcha) en Madrid: compuesto por 8 mujeres. Cuatro solteras, dos viudas y dos divorciadas; ámbito urbano; clase media-alta; edades entre 60 y 81 años.
- (Grupo11) Grupo de discusión con mujeres de la Asociación Cultural «Aula de Cultura Altamira» en Madrid: compuesto por 12 mujeres. Nueve viudas, dos casadas y una soltera; ámbito urbano; clase media; con edades entre 60 y 76 años.